

Reflexiones finales

Las “cajas negras” de los algoritmos

Para la [sociología de la traducción](#), la “cajanegrización” es:

... el camino mediante el cual el trabajo científico o técnico se vuelve invisible a causa de su propio éxito. Cuando una máquina funciona eficientemente o un hecho está establecido con firmeza, uno solo necesita concentrarse en los beneficios que genere y no en su complejidad interior. Así, paradójicamente, sucede que la ciencia y la tecnología cuanto más éxito obtienen más opacas se vuelven (Latour, 2001:362).

Este concepto es útil para estudiar el vigilantismo porque, según Latour, las “cajas negras” contribuyen a dar forma a la conducta de quienes las usan. Expresan una verdad que se asume como garantizada, una simple etiqueta que reemplaza y evita la problematización de su contenido.

La Internet y otros “artefactos” sociales funcionan como cajas negras en relación con su potencial para la vigilancia. Funcionan solo si no problematizamos lo que podría ser altamente problematizable. Y solo los “descajanegrizaremos” si ocasionan problemas serios, masivos e inocultables.

También se puede establecer una complementariedad entre el enfoque basado en la sociología de la traducción y los análisis sobre poder, verdad, sujeto y dispositivos de Michel Foucault.

Recordemos que el poder, según Foucault, necesita para producirse reglas para discriminar lo verdadero de lo falso en el sujeto. Dichas reglas están históricamente constituidas y se puede hablar de tecnologías de la verdad, o de veridicción, para referirse a los medios de producir verdad en cada contexto histórico. Un ejemplo de tecnología de la verdad es la producción de la confesión:

... un acto verbal mediante el cual el sujeto plantea una afirmación sobre lo que él mismo es, se compromete con esa verdad, se pone en una relación de dependencia con respecto a otro y modifica a la vez la relación que tiene consigo mismo. (Foucault, 1981:p27).

La confesión requiere de un interlocutor, o una instancia de interlocución. Puede ser espontánea o dictada por un imperativo moral, o bien arrancada por la fuerza. Además, “ya no se la percibe como el efecto de un poder que nos constriñe” (Foucault, 1978, p. 60). Se “cajanegriza”, diría Latour. Más aún: “La confesión de la verdad se ha inscripto en el corazón de los procedimientos de individualización por parte del poder” y ha devenido en “una de las técnicas más valiosas en Occidente para producir la verdad” (Foucault, *op. cit.*, p. 59). Si para la Iglesia la confesión promete la salvación del alma, para la sociedad occidental también promete salvación, pero secular y orientada al bienestar.

Así, complementando a Latour con Foucault, podría decirse que las redes sociales, los buscadores,

los perfiles que vamos generando con cada click, van produciendo una representación metonímica “cajanegrizada” de cada individuo: “confiesa” en su lugar. El ciudadano no necesita autoincriminarse ni explicar sus acciones. Hay un dispositivo técnico que permanentemente va produciendo verdad sobre él. Y lo que confiesa este artefacto se considera mucho más verosímil que lo que el sujeto pudiera decir de sí mismo. Tiene la fuerza de la creencia en la infalibilidad de la ciencia y la ingeniería: si un sistema técnico reconoce en una persona a un criminal buscado o alguien a quien se le debe denegar un servicio o acceso, es muy difícil argumentar que está equivocado.

El precio es que mediante la confesión los individuos en realidad están tomando un rol activo en su propia vigilancia.

De la confesión a la hiperformalización

La confesión generada por las huellas que va dejando la representación metonímica de la persona es en parte forzosa, sobre todo en el caso de la información personal recolectada por los estados. Pero en parte será voluntaria, sobre todo cuando forma parte de actividades de consumo o de comunicación placenteras. Claro está, lo “voluntario” puede fácilmente convertirse en obligatorio “de facto”. Por ejemplo, [ciertos psiquiatras han expresado la opinión de que quien no está en Facebook padece alguna psicopatía](#) y ciertas agencias de seguridad lo encontrarían sospechoso. Quien opte por ejercer su derecho a no colaborar “voluntariamente” con el creciente escrutinio, entonces, puede estar singularizándose como excéntrico sospechoso y probablemente convirtiéndose en blanco de mayor vigilancia.

Los sistemas inteligentes que rastrean por sí mismos individuos «sospechosos», o potenciales clientes, construyen perfiles, tipificaciones (muchas veces hipersimplificadas), reducciones algorítmicas, digitalizaciones, «data-imágenes» de las personas, que así pueden resultar excluidas de algún beneficio (o sea, condenadas sin juicio previo) por poseer determinadas características «típicas». Por lo tanto, mientras que por un lado la «datavigilancia» facilita el acceso a bienes, servicios y espacios, también genera nuevas formas de diferenciación social.

Mientras que en la vigilancia tradicional se daba una particular importancia a la percepción sensorial, a la observación humana directa, la «datavigilancia», intenta la formalización de lo supuestamente no formalizable: la diversidad de las identidades individuales y socioculturales. Y reduce esas identidades a un conjunto necesariamente finito y arbitrario de registros y campos en una base de datos (Siri y Ford, 1999).

Dicho de un modo más preciso, lo que intentan construir quienes cargan, administran y analizan las bases de datos destinadas a producir «dataimágenes» de los individuos es un sistema formal de proposiciones o enunciados derivados de un número necesariamente reducido de variables. Esta “compactación” de la información es el resultado de un proceso de formalización.

Siempre hay formalización en el acto de crear conocimiento. Pero esta formalización, al mismo tiempo que lo posibilita, lo sesga. Y, como toda formalización es, al mismo tiempo, una clasificación o jerarquización, el problema es quiénes, cómo y con qué fines tiene el poder de imponer, legitimar o naturalizar las clasificaciones que producen. Porque el poder no pasa

solamente por los que almacenan información sobre otros, sino por los que establecen criterios de formalización y por aquellos que efectivamente intentan formalizar identidades individuales a partir de la suma de todas las transacciones de las personas (identidades que, como dice Lyon (1995), puede que sean artificiales, pero desempeñan una función para determinar las oportunidades vitales de sus «tocayos» humanos). Y este poder clasificatorio es asimétrico: si se nos requisa más que a otros en un aeropuerto, si se nos niega un crédito, si no se nos acepta en un empleo para el que parecíamos cumplir todas las condiciones, quizá nunca sepamos cuál fue exactamente la «sospecha categorial» que se nos aplicó. La última reflexión se basa en el hecho, observado por Gary Marx (1988), de que la datavigilancia masiva no tiene tanto que ver con una sospecha o transacción específica como individuo, sino más bien con estar bajo «sospecha categorial» en virtud de la posesión de ciertas características.

Entonces, ¿cómo se explica que la pulsión formalizadora no sólo no se detenga, sino que crezca cada vez más? Entre otros factores, se deben destacar aquí dos: uno de orden comunicacional y otro de índole sociológica.

El primero lo analizaron, entre otros, Phillip Agre y Mark Poster. Para Agre (1992), la formalización es, entre otras cosas, una operación discursiva:

El discurso de la formalización se construye como formal, preciso, acreditado y apropiado. Y construye al otro discurso como ordinario, informal, vago, desacreditado y no regulado. [...]. El discurso técnico es perfectamente formal y preciso cuando se refiere a cantidades matemáticas, pero es extremadamente informal y vago cuando se refiere a los objetos de formalización.

La tesis de Mark Poster (1990) es que los lenguajes de mediación electrónica propios de las bases de datos carecen de los matices y ambigüedades de la conversación o la escritura usuales. Dichos lenguajes proliferan en paralelo con la evolución de la economía capitalista y provocan un socavamiento de los límites entre el espacio público y el privado. Además, sostiene que “La vigilancia mediante información codificada digitalmente constituye nuevos sujetos a través del lenguaje empleado en bases de datos”. Con lo cual, la formalización aparece como un instrumento discursivo de acumulación de poder que trata de constituir a los sujetos en forma externa y orientada a fines.

Desde la tradición sociológica, la pulsión formalizadora puede asimilarse a la evolución hacia la racionalización burocrática que Weber (1947) encuentra como clave del desarrollo capitalista.

La solución, desde el punto de vista de quienes nos preocupamos por las consecuencias del sistema técnico y político cuya cara visible es la vigilancia, podría ser tan simple como no dejar morir el debate al respecto. En efecto, para la sociotecnología de Trevor Pinch y Wiebe Bijker (1987), una tecnología específica no resulta adoptada o rechazada por la sociedad debido a sus virtudes o defectos intrínsecos, sino por cómo ciertos grupos sociales relevantes piensan los problemas y soluciones generados por ella. En el proceso, los artefactos en cuestión pasan de una etapa de flexibilidad interpretativa (caracterizada por la controversia entre dichos grupos) hacia otra de estabilización o clausura. La consecuencia lógica es que, mientras exista un solo sector que mantenga viva la controversia, podrá haber tendencias fuertes, grandes consensos, imposiciones por

la fuerza, pero no clausura. La tarea del activista, por lo tanto, debería ser “descajanegrizar”, en un contexto donde pocos quieren ver lo que hay dentro de esas cajas negras que parecen funcionar tan bien. O producir verdad, pero no a la manera de quien confiesa a requerimiento de otros, sino a la del “parresiasrés” (Foucault, 2010) que insiste en poner de manifiesto ciertas cosas cuando su sociedad preferiría no oírlos.

Referencias

- Agre, P. (1992) Formalization as a social project. *The Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, 14 (1), pp. 25-27, La Jolla, California.
- Foucault, M. (1978). *The history of sexuality Volume 1: An Introduction*. New York: Vintage Books.
- Foucault, M. (1981) *Mal faire, dire vrai. Fonction de l'aveu en justice. Cours de Louvaine* Presses Universitaires de Louvaine - Trad. cast.: *Obrar mal, decir la verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Foucault, M. (2010) *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*. Curso en el Collège de France. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Latour, B. (1994/1998) De la mediación técnica: filosofía, sociología, genealogía. Miquel Domènech y Francisco Javier Tirado (comps.), *Sociología Simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Barcelona, Gedisa: 249-302.
- Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora: Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Lyon, D. (1995) *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*. Madrid, Alianza Editorial.
- Marx, G. (1988) *Undercover; Police Surveillance in America*. University of California Press, Julio.
- Pinch, T. J. y Bijker, W. E. (1987) The social construction of facts and artifacts. W. BIJKER, T. HUGHES, y T. PINCH (Eds.) *The social construction of technological systems*. Cambridge, MA: MIT Press, p. 17-50.
- Poster, M., (1990) *The Mode of Information: Poststructuralism and Context*. University of Chicago Press.
- Siri, L. y A. Ford (1999) “Todos somos vigilados o la sociedad de las identidades formalizadas”. En Ford, Aníbal (Comp.), *La Marca de la Bestia*, Buenos Aires: Editorial Norma.
- Weber, M. (1947) «Economy and Society». *The Theory of Social and Economic Organization*. Ed. T. Parsons, New York. Oxford University Press, pp 338 y 339.